

Desde el Grupo de Trabajo de Ambiente y Derechos Humanos de la Cátedra UNESCO de Derechos Humanos de la Udelar, saludamos con alegría la iniciativa el Plan de Gestión de residuos integral del Área Social y Artística. Impulsar un plan de gestión integral residuos en el marco de la crisis civilizatoria actual es una de esas acciones imprescindibles, en especial si se trata de la mayor institución de enseñanza superior del país. Tenemos que ser pioneras y pioneros en aportar a la transformación de las bases sociales, económicas, educativas, políticas y culturales que sostienen este problema tan grande y complejo, el cual genera injusticias ambientales, ecológicas y sociales. Es absolutamente necesario impulsar estos cambios, empezando por nuestra propia casa.

Cada día se generan más residuos, en un volumen abrumador. Hay dos aspectos que son muy importantes. Por un lado, necesitamos fortalecer todos los mecanismos posibles para disminuir su producción. Tenemos que generar menos residuos, y esto nos involucra a todas, todos, todes. Sensibilizarnos en ello, es un primer paso. Por el otro, mejorar los sistemas de gestión, con el objetivo de recuperar la mayor cantidad posible de materiales reciclables o reutilizables, es innegociable. Son dos aspectos relevantes y complementarios. Los esfuerzos deben dirigirse hacia una menos generación y una mayor recuperación. Esto también implica tener una mirada crítica y ética en aquello que compramos cada día para realizar nuestro trabajo.

En la actualidad, el incremento de residuos exponencial y multifactorial. Se estima que entre el 30% y el 70% de los residuos generados en ciudades de países en desarrollo es enterrado en sitios de disposición final; los residuos restantes son vertidos a cielo abierto, en espacios públicos y en los cuerpos de agua. Este incremento suele relacionarse con el crecimiento demográfico, la urbanización, ciertos estilos de vida, factores socioeconómicos y modelos de producción e intensificación de consumo capitalista. En este sentido, en Uruguay aún tenemos mucho camino por recorrer.

Los residuos se originan a partir de materia que es separada de los lugares de donde fue extraída, dificultando su reciclado natural y causando grandes volúmenes de residuos que no pueden ser reintegrados a los ciclos naturales. Cuando llegan a los ecosistemas producto de una mala gestión, generan múltiples impactos, incluyendo la pérdida de biodiversidad y diversas formas de afectaciones en la calidad de vida humana. Entre otras cuestiones, pueden contribuir al incremento de la concentración de gases de efecto invernadero, producir gases tóxicos, o favorecer la proliferación de bacterias, parásitos, hongos, insectos u otros animales, con potenciales impactos en la salud ecosistémica.

Muchos residuos modernos son materiales sintéticos, resistentes a la degradación y, en diferente medida, contaminantes. Estos causan grandes impactos, con consecuencias muy diversas a nivel social, económico, sanitario y ecológico. Ciertos materiales pueden permanecer en el ambiente durante cientos o miles de años, desconociéndose aún su impacto en el largo plazo o en interacción con otros químicos.

Dos problemas son de importancia creciente en la actualidad. Uno de ellos es el descarte de aparatos eléctricos y electrónicos, producto del acelerado desarrollo de la tecnología o las estrategias de consumo (ej. obsolescencia programada), entre otros aspectos. Estos residuos representan un riesgo importante para la salud pública y ecosistémica, debido a los compuestos peligrosos que contienen (metales pesados y plásticos, entre otras sustancias) y al tipo de materiales que son necesarios para su producción (que a su vez generan otras injusticias sociales como las guerras por minerales). El otro problema de gran preocupación es el descarte de plásticos cuya cantidad ha aumentado dramáticamente, causando severos impactos en los ecosistemas. Se han documentado sus efectos negativos sobre la fauna marina y dulceacuícola

(ej. invertebrados, aves, reptiles, mamíferos marinos), así como sobre actividades socioeconómicas (ej. turismo, pesca, acuicultura).

También existen amplia evidencia de impactos a nivel biológico generados por los microplásticos, pues liberan compuestos tóxicos y absorben del mar diferentes tipos de contaminantes, muchos de ellos orgánicos persistentes los cuales pueden bioacumularse y biomagnificarse (ej. bifenilos policlorados, organoclorados, nonifenoles, hidrocarburos aromáticos). Su ingesta puede generar problemas hormonales (disrupción endócrina), reproductivos (tanto en humanos como otras especies) y otras afectaciones ecológicas, incluyendo declinaciones y extinciones poblacionales a nivel. A nivel humano aún es incierto su impacto, pero existen evidencias sobre posibles efectos por el consumo involuntario de plástico a través del aire y la alimentación, siendo el agua potable posiblemente la mayor fuente de ingestión. Se investiga la posible afectación sobre funciones respiratorias, endócrinas, y reproductivas, entre otras.

Asimismo, una mala gestión de residuos puede impactar en las redes tróficas porque hay elementos que tienen la capacidad de bioacumularse o biomagnificarse en diversos organismos hasta alcanzar niveles tóxicos, causando daños a nivel ecológico y de salud pública. Los residuos también pueden aportar macronutrientes como el fósforo y el nitrógeno. En este caso, su incremento puede generar cambios en la dinámica del ecosistema, contribuir al aumento de organismos con potenciales efectos tóxicos (ej. cianobacterias) y generar impactos en la calidad del agua.

Este contexto, crea una gran desigualdad e injusticia ambiental en ciertas poblaciones que ven menguados sus derechos humanos fundamentales, tanto por la exposición a materiales contaminantes que son depositados en los territorios que habitan, así como por la presencia de trabajadores dedicados a la recuperación de materiales en condiciones de extrema precariedad y vulneración social. El trabajo de los clasificadores urbanos, a pesar del gran valor ambiental de su tarea, no es reconocido ni por la sociedad ni por el mercado. Ello profundiza la marginalización de poblaciones que conviven con la contaminación producida por residuos que en la mayoría de los casos, no generan.

Para cerrar, para fortalecer estos procesos se requieren de estrategias adaptativas, colaborativas, transdisciplinarias e integrales, con espacios de diálogo y acción que permitan conjugar diferentes saberes, intereses y cosmovisiones. Todas, todos, todes tenemos que seguir aprendiendo. Un factor relevante, que generalmente aparece como una debilidad en estos procesos, son las políticas de educación ambiental, las cuales en Uruguay aún son muy limitadas, y en general son fragmentadas, contradictorias, con pocos estímulos para su abordaje académico y con falta de presupuesto para su expansión y democratización. La Universidad no es la excepción. Deberíamos destinar mayores recursos para esta dimensión y avanzar hacia una política educativa transversal, en clave de prevención, educación y transformación cultural; implementando estrategias que permitan analizar, reflexionar y actuar hacia una transformación colectiva de las relaciones sociedad-naturaleza. Necesitamos crear estrategias que permitan comprender las causas de los problemas contemporáneos y generar cambios profundos en las estructuras sociales que los generan. La falta de mirada integral y crítica de las prácticas educativas y de los procesos culturales que impulsamos son aspectos que, de forma inconsciente, sostienen el arquetipo instalado en nuestra sociedad de extraer, usar y tirar.

Mag. Patricia Iribarne
Facultad de Ciencias, Udelar
Integrante del GT Ambiente y DDHH